

Modernas en un mundo patriarcal (sobre los conflictos de género)

María Antonia García de León*

La cabeza con la modernidad, el corazón con el patriarcado. Esta es nuestra tesis, que a su vez constituye un diagnóstico. En síntesis, estamos en una especie de esquizofrenia de género que durará cuanto dure el derrumbe del sistema patriarcal –que puede ser un periodo largo, tal vez de siglos, sin contar con el riesgo de involuciones–. Dicha esquizofrenia sociocultural de género implica que las mujeres (pero también los hombres) mantenemos valores y prácticas sociales contradictorias en relación con las cuestiones de género, de tal manera que se puede tener una ideología sumamente igualitaria y mantener prácticas sociales en flagrante contradicción.

*Nada tiene tanta fuerza
como una idea
cuyo tiempo ha llegado.*
Víctor Hugo

En el Mundo Occidental está penetrando con tal fuerza el cambio en la condición social de las mujeres, que en efecto se puede afirmar que su tiempo ha llegado, y esta oportunidad histórica incrementa su intensidad (como sintetiza la cita de apertura de este texto). Bien es cierto que todo el último tercio del siglo XX había preparado bien la cosecha.

No obstante, y como acaece en todo proceso de cambio social profundamente complejo (y éste lo

es), el fenómeno que tratamos es poliédrico y cargado de matices. No en vano estamos hablando de la pérdida de legitimidad del patriarcado. Como acertadamente indica Flaquer (en cita larga pero, en nuestra opinión, oportuna):

Considerando que el patriarcado es un sistema de dominación cuya vigencia venía durando desde los albores de la historia de la humanidad, no cabe duda de que estamos hablando de un proceso de transformación de un alcance insospechado (...) El

dominio de los hombres sobre las mujeres a través de la familia aparece cada día más difícil de justificar (...) El patriarcado está herido de muerte porque ha perdido su legitimidad que estaba basada en la creencia de lo natural. (...) Que el patriarcado se haya hundido estrepitosamente como ideología no implica que no subsista como un conjunto de prácticas. Este desfase entre los principios legitimadores y las prácticas cotidianas es el causante de muchos de los conflictos que se dan en la actualidad y que

* Profesora Emérita de la Universidad Complutense de Madrid.

se reflejan en el aumento de la violencia doméstica y en la intensificación de los debates sobre la igualdad de hombres y mujeres.

Esta es la tesis que mantiene el autor en su obra, significativamente titulada *La estrella menguante del padre*¹.

En este hito discursivo explicitaremos ahora el encauzamiento de nuestro ensayo: *la cabeza con la modernidad, el corazón con el patriarcado*. Esta es nuestra tesis, que a su vez constituye un diagnóstico. En síntesis, estamos en una especie de esquizofrenia de género que durará cuanto dure el derrumbe del sistema patriarcal —que puede ser un periodo largo, tal vez de siglos, sin contar con el riesgo de involuciones—. Dicha esquizofrenia sociocultural de género implica que las mujeres (pero también los hombres) mantenemos valores y prácticas sociales contradictorias en relación con las cuestiones de género, de tal manera que se puede tener una ideología sumamente igualitaria y mantener prácticas sociales en flagrante contradicción. La sociología de la vida cotidiana podría dar cuenta de numerosos ejemplos que salen al paso. Pero no sólo se trata de los sujetos; los engranajes sociales asimismo practican dicha esquizofrenia sin reparo. Vgr.: podemos ver el paisaje urbano cuajado de grandes vallas publicitarias de la más tradicional mujer objeto, al tiempo que en el auditorio municipal contiguo se financia con dinero público una conferencia haciendo la crítica más radical a dicha mujer objeto. Llamaremos a esta paradójica producción social *el efecto Penélope*: unas instancias sociales “destejen” lo que otras “tejen” en pro de la igualdad.

Estamos ante un muy interesante periodo de transición en el cual las ciencias sociales tienen ante sí un trabajo incesante de análisis e interpretación de los nuevos fenómenos sociales en relación con las identidades de género, y éstas son cruciales para el funcionamiento del sistema social.

Un balance necesario

He aquí una idea urgente y necesaria socialmente: hacer un balance de las luces y sombras de uno de los fenómenos sociales más cruciales acaecidos en nuestra modernidad, es decir, el cambio en la condición social de las mujeres, impactando, a su vez, la de los hombres, en un futuro que es ya nuestro presente.

¹ Flaquer, L.I. *La estrella menguante del padre*, Barcelona: Ariel, 1999.

Ahora bien, mientras las mujeres hemos recorrido muchas millas, los hombres están en el inicio del cambio social de la masculinidad y ello, además, motivado por los embates de las mujeres, siempre más urgidadas e interesadas en el cambio, como dominadas en pos de otros horizontes sociales. En suma, a las mujeres nos interesa sobremanera el cambio social, mientras que a los hombres les interesa la permanencia, hablando en términos generales. Todo ello muy matizado por las muy diversas geopolíticas sociales del planeta.

Ese es el *carácter relacional* de todo lo que concierne al género, y esta es la notable diferencia de un crucial proceso histórico: ellas están mucho más avanzadas tanto en lo fáctico como en el discurso producido (cómo no destacar la magnífica bibliografía que han producido los Estudios de las Mujeres, o los *Gender Studies*, o cualquier otra etiqueta de las muchas que hay para este inmenso contingente de obras producidas y en continua expansión). Ellos, los hombres, están en el inicio del cuestionamiento de la masculinidad tradicional, además de haber sido impelidos a ello por la parte contraria, en la necesaria dialéctica de hombres y mujeres. Prueba de ello es el estado relativamente incipiente y de novedad de los estudios sobre la masculinidad (*Men's Studies*).

Cualquier aspecto del estudio del género remite a la totalidad social, le incumbe. Y esta aseveración tiene el valor de una constatación de laboratorio, de un experimento realizado a lo largo de los muchos años de investigación en este campo. Un mero ejemplo, muy de la actualidad social: un crimen por violencia doméstica es mucho más que “un suceso” (dicho en términos periodísticos), es un síntoma de un profundo desajuste entre los roles sociales masculinos y femeninos; remite a identidades sociales cambiantes, a la división social del trabajo, a la organización sociofamiliar en su conjunto, etc. Subrayamos lo que acabamos de afirmar con el contenido de esta cita:

El estudio de la masculinidad implica ir más allá del estudio de los hombres y de la introducción de la variable sexo en los análisis. La masculinidad es un concepto que articula aspectos socio-estructurales y socio-simbólicos, por lo cual exige que se investigue tanto el acceso diferencial a los recursos (físicos, económicos, políticos, etc.) como las concepciones del mundo, las conductas, el proceso de individuación y la construcción de identidades².

² Jociles, M.I.: “El estudio sobre las masculinidades” en *Revista Complutense de Antropología*, 2002.

Pues bien, tratando del fenómeno que nos ocupa, se puede decir que estamos en el corazón de la vida. Podríamos seguir escribiendo igualmente: en el eje, en el centro, o “bajo el volcán” (con reminiscencias literarias). En suma, esta es una forma de subrayar que la relación masculino/femenino es de tal manera fundamental que requiere dicho énfasis. El género es el gran factor estructurante-vertebrador de lo social. En ello parece haber acuerdo en la comunidad sociológica hoy, y ello ha sido una conquista de primer orden.

No siempre ha sido así para las ciencias sociales. Cómo no recordar la mirada ciega, androcéntrica, de Marx, de Durkheim, de tantos otros brillantes cerebros que sin embargo hicieron una gran elipsis sobre el género y no llegaron a superar en ello a la mirada del buen burgués de la época, siendo, sin embargo, tan aguda su mirada para otros fenómenos sociales. De este modo ha sido analizado el bagaje clásico de las ciencias sociales por numerosas especialistas en Estudios de Género, enriqueciéndolas enormemente en la actualidad desde esta nueva perspectiva científica. Veamos la crítica que realiza esta interesante cita:

Ce regard aveugle de Marx qui ignore ce (celle) qui s'inscrit dans son schéma de la production capitaliste entre le salaire payé à l'ouvrier et la reproduction de la force de travail, génératrice de plus-value actuelle et à venir. Cet autre regard aveugle de Weber qui ignore non seulement le terme bourgeois mais plus complètement encore le terme masculin de son équation de progrès: rationalité = capitalisme + bureaucratie + protestantisme. Le regard patriarcal de Durkheim qui réserve implicitement aux femmes les institutions compensant l'effet de l'anomie; celui de Parsons qui relègue le féminin aux fonctions de «latence» dans un système théorique qui «récompense» la contribution des femmes aux seules dimensions privées et subjectives de valeur, diffusion, qualité, spécificité, particularisme³.

Afortunadamente, los grandes de la sociología (clásicos actuales) también se han sumado al acervo de ensayos sobre la dominación masculina, sobre las mujeres (o sobre género): Bourdieu, Giddens, Touraine, entre otros, rompiendo

³ Laurin-Frenette N., “Le femmes dans la sociologie” en *Sociologie et Société*, vol. XIII, 2, 1981.

esa ceguera androcéntrica que hemos mencionado. Es el valor de lo simbólico que se añade a este reciente campo científico. Un buen refuerzo, sin duda.

Haciéndonos eco de un libro de reciente actualidad de dos de nuestros más conocidos sociólogos, Marina Subirats y Manuel Castells, al hilo de afirmar que otro mundo es posible, dicen: “Y para que ese otro mundo sea posible de verdad, hay que empezar por los *fundamentos*, por una nueva relación entre hombres y mujeres”⁴. Dicha obra constituirá una especie de “ritornello” al que volveremos sucesivamente en nuestro texto.

Cambio y complejidad continuos: la dificultad de los Estudios de Género

Hay que tener efectivamente mucho de buen explorador para adentrarse en el selvático paisaje de las relaciones de género hoy. Analizar su complejidad cambiante supone todo un reto intelectual. Valga la metáfora: machete en mano, hay que ir desbrozando las miles de ramas, brotes nuevos, bifurcaciones y caminos por estrenar que crecen exuberantemente en torno al Árbol del Género, por así llamarlo. Es, sin duda, la exploración de uno de los “grandes temas de nuestro tiempo”, “la cuestión palpitante” (utilizando etiquetas clásicas).

Cada libro notable de género implica el esfuerzo de haber llegado a buen puerto. Es una especie de *thriller* de ideas y problemas, entre los que hay que ir abriéndonos paso por esa frondosa espesura conceptual que es la construcción social del género hoy.

Pese a las dificultades señaladas, vamos a trazar diversas *sendas de conocimiento*, que no son otras que las de una lectura personal (avisamos sesgos), pero ¿qué no es personal? Siguiendo los límites de objetividad, no obstante, sería muy tedioso para nosotros y aburrido para el lector hacer un repertorio de todos y cada uno de los temas de género hoy, un *quasi vademécum*, además “compacto” por las normas de extensión del texto. Por ello, trazaremos un diseño muy sintetizado, pasando a exponerlos en la forma de la tabla clasificatoria que se adjunta seguidamente.

⁴ Castells, M. y M. Subirats. *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?* Madrid: Alianza Editorial, 2007, p. 13.

Pensar el Género

1. Sobre el discurso social producido en torno a las mujeres (sus rasgos, problemas y contradicciones).
 - Discurso emergente.
 - Discurso del “establishment” (incorporado al Sistema).
 - Discurso de un movimiento social, el feminismo.
 - Discurso ideológico, productor del Otro (“la mujer soñada”).
 - Discurso mediático (la mujer manipulada, objeto de los “massmedia”).
2. Sobre el cambio social por género y algunos diagnósticos *ad hoc*:
 - Quiebra de la identidad masculina.
 - Fortaleza y expansión de la identidad femenina.
 - Caída social del ama de casa (realidad e imagen).
 - El modelo cultural femenino inmerso en un proceso de aculturación.
 - Homogeneidad masculina / fragmentación femenina (modelos de género).
3. Debates clásicos y estrategias para la acción social.
 - Sexo y clase social.
 - Sexo y poder (la violencia simbólica de la masculinidad).
 - Mujeres en minoría (vanguardias y cambio social).
 - Las estrategias políticas femeninas.
 - Las estrategias femeninas en la vida cotidiana.
 - Las mujeres activas política y socialmente como motor de crítica social.
 - Las mujeres como sujetos activos contra el sexismo vertebrador de nuestros sistemas sociales.
4. El género como objeto de estudio.
 - El género, una categoría nueva de estudio e investigación social.
 - El género como nuevo campo académico en construcción.
 - El género como eje de crítica y deconstrucción de un saber académico androcéntrico.
 - El género como instrumento de crítica a la Modernidad.
 - El género como germen de nuevos modelos de organización social.

El arquetipo femenino

Por evolución y por competición se han generado en la Historia las dos figuras arquetípicas (re llenas de multitudes reales, aún hoy): el hombre unidimensional y la mujer multidimensional, reservándose en el juego de lo social (no lo olvidemos, un juego de dominantes y dominadas) para el hombre, el poder, la producción y la guerra; para la mujer, los espacios protegidos de las cocinas y las trastiendas de los gineceos. He ahí la histórica división del trabajo que engendró dos culturas, dos psicologías, convertidas en esencias por la fuerza de la dominación y del peso de la historia. Describe Castells, con buena pluma, el mundo de las mujeres como “una cultura propia hecha de observación subordinada y comportamiento estratégico a partir de una información

más variopinta que la de los hombres y de los atributos en que tenían ventaja comparativa, desde la seducción hasta el socorro del frágil ego masculino”⁵.

Triste mundo de mujeres que sólo el siglo XX ha visto felizmente cambiar ¡atención! sólo en el Mundo Occidental. La vocación internacionalista del feminismo no debería cejar hasta ver este cambio extendido al resto de las mujeres del planeta (aunque ello choque con el tema, en nuestra opinión, de lo “interesadamente” correcto en política, del multiculturalismo, etc. “velo” sí, “velo” no, por dar un ejemplo de actualidad).

Como afirma el autor citado: “la condición femenina ha cambiado más en tres décadas que en varios milenios”⁶. Y nosotras somos muy conscientes y capaces de calibrar y paladear este enorme cambio social, asimismo capaces de defenderlo ante cualquier amenaza o retroceso, pues él es fruto de una compleja dinámica social, en la que nosotras hemos participado, a veces, con dolores como de parto; las más, con un empeño y una tenacidad encomiables (pensemos en la generación de mujeres profesionales españolas que nos criamos bajo el Franquismo y que supimos revolucionarnos hasta lo indecible con el feminismo y florecer en la Transición, pero también recordemos a tantas mujeres que se quedaron en el camino, sufriendo la falta de realización –quasi esclavitud de ser “mujer objeto”– bajo la dominación patriarcal).

He aquí otro punto de interés de los temas de género: al ser el patriarcado un universal, casi cualquier investigación u obra puede ser leída y entendida por un público internacional, mucho más amplio que el nacional, aunque haya ciertas connotaciones singulares para el cambio mayúsculo de la sociedad española, y doblemente mayúsculo en el caso de sus mujeres, que en cierta manera definen este cambio abismal y acelerado. Con todo, toda buena literatura de género reúne ese ingrediente para traspasar fronteras.

En la actualidad y en Occidente se observa que “la larga sombra del patriarcado”, como la llama Castells, comienza a difuminarse. Afortunadamente, hoy las mujeres occidentales podemos hablar desde cualquier tribuna pública con esta asertividad y libertad de expresión con las cuales se manifiesta una de nuestras más conocidas filósofas-feministas, Amelia Valcárcel: “El machismo mata, empobrece y atonta,

⁵ *Ibid.*, p. 16.

⁶ *Ibid.*, p. 17.

por ese orden”⁷, palabras dichas en el Encuentro de Mujeres Líderes de España y Latinoamérica celebrado en Madrid.

Realmente en Europa (por circunscribirnos a esta área del Mundo Occidental desde la que escribimos) vivimos una Edad de Oro de las mujeres. “¡Qué gran privilegio ser europea, vivir en el siglo XXI y ser una mujer profesional!” podemos exclamar sin sonrojo y sin faltar a la verdad quienes pertenecemos a este colectivo relevante tanto por número como por influencia en nuestras sociedades. Si además de ello somos de la generación que ha vivido el Franquismo-la Transición, tenemos una perspectiva histórica del cambio social experimentado (objetiva y subjetivamente) auténticamente sobresaliente. “*Lo hemos visto todo*”, podríamos exclamar. O empezar un relato, un día de estos, al modo siguiente: “Mi abuela era feudal, mi madre precapitalista, yo soy postmoderna”. Y el futuro es halagüeño: la tendencia es clara, el siglo XXI será el siglo de la consolidación de la mujer⁸.

El arquetipo masculino

Arquetipos tanto del pasado como del presente se encuadran dentro del mandato o código cultural de “morir de hombría”, como lo llama Subirats. Dicho código se encarna en el guerrero, en “El Caballero de la Triste Figura”, en los arquetipos fílmicos de los “rebeldes sin causa” o de “Gigante”, en los que van desde Manolete a Ronaldinho, en “el ejecutivo agresivo global”... y, asimismo, se manifiesta en sus acciones: la guerra, la lucha, el fútbol, los deportes de alto riesgo, la conducción temeraria, entre tantas otras conductas típicas y tópicas de la masculinidad tradicional.

En el caso nuestro (el de las mujeres), nosotras también nos preguntamos por los hombres y tratamos de describirlos al hilo del cambio social experimentado por las relaciones de género y la sociedad en general (en menor medida, los hombres estudian a los hombres). En este caso también, levantar la cartografía de lo que permanece o de lo que cambia es tarea obligada, igualmente registrar las curiosas reelaboraciones de las conductas de la masculinidad.

Una conclusión parece meridiana: “competir es la gran palabra de la masculinidad de nuestro tiempo, una palabra

que ha pasado del deporte a la economía y de ella a invadir el conjunto de la sociedad. Competir es la versión actual de pelear”⁹. Efectivamente, este impulso de la masculinidad va desde el taller mecánico a los ambientes más sofisticados del mundo intelectual. Competir, dominar, imponer, ser poderoso, es lo propio de los hombres, aunque sea imponiendo la última palabra en el marco de una reunión académica, o siendo el que pone la última coma de un informe. En estos quehaceres ha quedado traducida el hacha de guerra, hoy, pero su impulso y finalidad son los mismos, *quasi* ancestrales.

De esta etnografía de la masculinidad hemos dado cumplida cuenta las mujeres académicas. Poco a poco hemos ido traduciendo los códigos de nuestro entorno profesional inmediato, mayoritariamente masculino, con el saber de la propia cultura que se nos había negado hasta hace poco y también con la lucidez de las excluidas (o de las recién llegadas, de las “outsiders”), posición significativa y paradójicamente privilegiada: se ve mucho desde la orilla, por ejemplo, el horizonte. Desde el centro se está hasta tal punto embebido/encuadrado en tal posición que se ve poco. Valga esta forma metafórica de decirlo. En suma, las experiencias profesionales y vitales de las mujeres instruyen enormemente sobre el poder: *el género enseña el poder*, es la visión del Otro, pero de otro que domina los instrumentos de la cultura, sus medios de análisis.

Nada mejor que unas memorias intelectuales de género para esclarecer todos estos extremos; nada mejor que el enfoque reflexivo al respecto. Esta es una buena propuesta intelectual que cae por lo general en la tierra baldía del fenómeno del tradicional antimemorialismo español, fenómeno no suficientemente estudiado y menos desde la perspectiva de género, salvo la excepción brillante y prácticamente única —significativamente y acorde con lo que acabamos de apuntar— de Anna Caballé, cuyo interés por la escritura del yo (biografía, autobiografía) es la excepción que confirma la regla en nuestro contexto. Una interesante tarea de futuro para los Estudios de Género sería justamente la siguiente: la biografía como epistemología de género.

El *quid* del proceso de cambio

En ello radica el eje sobre el cual los Estudios de Género (los de corte sociológico sobre todo) están centrando la aten-

⁷ *El País*, 7 de octubre de 2007.

⁸ *Actividad y territorio. Un Siglo de cambios*. Informe de la Fundación BBVA y el IVIE, 2007.

⁹ Castells, M. y M. Subirats, *op. cit.*, p. 98.

ción en el Mundo Occidental. Sus preguntas fundamentales son: ¿Qué cambia y qué permanece? ¿Qué simplemente se altera transformándose? Como en el conocido *dictum* del Gatopardo: “que todo cambie para que todo quede igual”. Tal vez sea esta la vía frecuentada por publicistas y el gran mercado del mundo de la estética, la belleza y la moda que no quiere soltar a las mujeres de sus fauces manipuladoras, en las miles de formas de alienación que continuamente inventa para jóvenes o viejas. Para cada cual, su forma de alienación especializada.

¿Qué persiste? Por sólo dar un dato del interés que suscitan estas interrogantes, subrayamos la gran audiencia que un ensayista de fama internacional, Gilles Lipovetsky, ha suscitado con su obra *La tercera mujer*. Forma parte del gran interés que levanta este, sin duda, “tema de nuestro tiempo”.

Hay una imagen muy plástica al respecto de lo dicho: la del azucarillo (en forma de paralelepípedo) que al contacto con un líquido se disuelve fácilmente, pero queda un núcleo duro, resistente, sin disolver, que hay que forzar con la cucharilla y romperlo. Así hemos visto disolverse y desaparecer el valor y el tabú de la virginidad de las mujeres en menos de dos décadas; al contrario, se ha impuesto sin gran resistencia social el valor de que las jóvenes tengan relaciones prematrimoniales. ¿Y qué decir de la imagen social de “sus labores”? Se ha disuelto totalmente, hablamos de la caída y muerte del ama de casa en tanto que status dominante y recomendado para las mujeres. No hay mujer en la sociedad española actual que recomiende a sus hijas ser ama de casa, por el contrario, ser una mujer profesional es la imagen social hegemónica. Sin embargo, aquella fue la imagen impuesta y reproducida hasta la saciedad por el Franquismo, que no ha aguantado los modestos embates del tiempo. Se ha disuelto, sin pena ni gloria.

¿Cual es el núcleo duro que resiste sin disolverse? Sin ambages: el poder. Y ello porque en el poder encuentra la masculinidad su eje, su identidad más profunda.

Lo que aparece como meridiano es que estamos en un periodo de transición, y asimismo somos hombres y mujeres en transición. Veamos este curioso “flash” sobre las identidades de género: “El tipo de hombre que les gusta a las mujeres está por venir, y el tipo de mujeres que les gusta a los hombres, ha desaparecido”¹⁰. Expresiva claridad que

enfatiza esta especie de “esquizofrenia social” que vivimos en la actualidad, tan característica de un periodo de cambio como es el de nuestra contemporaneidad.

El género en claroscuro

El debate sobre género entra en un apasionado *in crescendo* cuando se trata de lo personal y aborda de lleno el tema del amor, sus posibilidades e imposibilidades.

La gran diferencia, en síntesis apretada, es en la actualidad que las mujeres pueden disociar los tres elementos del amor: primero, relaciones sexuales que no forzosamente desemboquen en la creación de una familia; segundo, pueden tener una familia más unas relaciones sexuales como algo que se disfruta o se consume; y, en tercer lugar, seguridad derivada de un puesto de trabajo que da independencia socioeconómica¹¹.

Dicho esto, los problemas no hacen sino comenzar. ¿Dónde está lo simbólico? ¿Dónde está el sentido? ¿Dónde está lo trascendente? El planteamiento de los tres elementos anteriores (su realidad social, incluso) es una concepción muy mecanicista del horizonte vital, al menos el de las mujeres, por no decir materialista e ignorante de toda la antropología del género.

A duras penas hemos dicho adiós a la tiranía patriarcal (a sus elementos más obvios). Ya no somos, ni seremos jamás, las “hijas de Bernarda Alba”. También hemos dicho adiós a nuestro pasado ideal de la masculinidad; “Pepe, el romano” (macho por el que suspiraban y se mataban las hijas de Bernarda), por seguir en el estilo del plástico juego de los arquetipos (lorquianos). Pero el mito del *amor romántico*, esa droga dura diseñada para la mujer, no ha dejado de hacer estragos. Una y otra vez el mito toma aliento y marcha alimentado por Hollywood, y más aún, por los publicistas y diseñadores de moda.

El amor romántico toma a su cargo la dimensión trascendente de manera creciente, en la medida en que otras dimensiones se han perdido (por ejemplo, la religión). Parece una idea-fuerza para el análisis social trabajar sobre el amor como la privatización de la religión, en la actualidad¹².

Hemos escrito los “claroscuros del género”, porque las cosas dejan de estar ya tan claras una vez que se ha logrado la nada desdeñable plataforma de conquistas que

¹⁰ Cerolo, cargo municipal de Madrid *El País*, 21 de febrero de 2005.

¹¹ *Ibid.*, p. 260.

¹² *Ibid.*, p. 261.

el feminismo ha promovido para lograr la igualdad, una condición social femenina autónoma. Nada más ni nada menos. Lograda la base socioeconómica, el paso histórico de la mujer objeto a la mujer sujeto (por primera vez en la Historia de la Humanidad, no lo olvidemos) ¿qué queda?

La familia igualitaria (llamada también significativamente por especialistas, la *familia postpatriarcal*) ya realidad y laboratorio experimental para el futuro, es sobre todo la de dobles profesionales igualados que suele corresponder a las clases medias urbanas. En ella se dan los ingredientes excelentes de cultura + dinero, los cuales son capaces de generar una “economía interna” muy estimulante. Establecer un nuevo pacto, por fin, entre personas que se respetan por igual.

Quizá esa especie de “paraíso a lo humano” que puede constituir la pareja igualitaria tenga muy al acecho el divorcio, su gran debilidad. Por ello, el refuerzo institucional (la economía interna que decía) no viene nada mal para reforzar a la familia, ya que como decía Engels en su clásica y archiconocida obra sobre el origen de la familia: “La crisis de la pareja es consecuencia de la monogamia en su sentido etimológico. Cuanto más se basa sólo en el amor, más probable es que acabe rompiéndose”¹³.

Para el futuro ya inmediato, quedan por construir desarrollos sociales de género mucho más sofisticados. En ello, las mujeres estamos mucho más entrenadas, como dominadas que hemos sido, a la conquista de nuestra liberación. El epicentro del cambio social está ahora en los hombres, que han estado ajenos a esta necesidad histórica de cambio que se les ha impuesto, casi sin percatarse, como dominadores incuestionados y alejados de toda duda sobre su posición (“no question”, como dicen los anglosajones). Esta es una idea fuerza que empieza a compartirse entre las estudiosas del género: “La transformación cultural tiene que afectar básicamente a los hombres. Los hombres tienen que dejar esta coraza que les seguimos fabricando y entrar en una comprensión distinta de la vida y de la realidad”¹⁴.

Todo ello, lo que hemos tratado, es una tarea titánica en la que habrá que “robar el fuego a los dioses”. No sólo sociólogos, sino también antropólogos, psicólogos, psicoanalistas, filósofos, filólogos... y toda una caterva de

especialistas, tendrán que intervenir en una tarea histórica: *la descolonización del imaginario de género*. Ese es el reto, una vez conseguida la igualdad social.

Este imaginario patriarcal ha troquelado por igual a hombres y mujeres, ahormados ambos, ligados con la intensidad y el sentido de la convexidad/concavidad. Por ende, a ambos compete la tarea de sacudirse el yugo de unas antiguas relaciones de género que devienen cada vez más en una alienación, en la actualidad, en clara disfuncionalidad con el nuevo estilo de vida y orden social. Es llegado el tiempo para esta tarea conjunta de hombres y mujeres.

Coda

Si la cultura es como un texto a leer e interpretar (Geertz *dixit*), lo que acontece hoy respecto a las identidades de género en el escenario cultural es un gran novelón, dicho a modo de humorada didáctica. De ahí que los expertos/as no pueden sino jadear corriendo tras el rápido cambio social, su pieza a cazar, despellejar y abrirle las entrañas, como los antiguos augures, para adivinar el rumbo del futuro.

Sintetizadamente, trazaremos un recorrido conclusivo respecto a lo que hemos llamado los “claroscuros del género” en el texto. Los claros están claros (dicho en esta deliberada redundancia). Son de dominio público. Forman parte de los recuentos y balances que periódicamente hacen los organismos públicos: Ley de igualdad, medidas en pro de la paridad, etc., etc. Mejor que detallarlos, enunciemos brevemente las etapas del progreso del cambio social de las mujeres y su lucha (algunas superadas, otras de plena actualidad e incluso inéditas):

- 1) Etapa del “victimismo” (tanto en ensayos como en agitación social).
- 2) Lucha contra la discriminación (etapa de denuncia, crítica negativa al sistema).
- 3) Etapa en pro de la igualdad (medidas de acción positiva).
- 4) Etapa de alianza y redes femeninas (revolucionando la tradicional enemistad femenina cultivada por el patriarcado y en lógica con sus códigos sociales).
- 5) Etapa del logro (“empoderamiento” de las mujeres).
- 6) Etapa del cambio del paradigma de la masculinidad.
- 7) Descolonizar del patriarcado las identidades de género (en pos de otro modelo social).

Los puntos oscuros, en los cuales se engolfan los problemas de género, en nuestra opinión, en los cuales no se

¹³ Flaquer, *op. cit.*, p. 2.

¹⁴ *Ibid.*, p. 305.



modernizan las identidades de género (y el “corazón sigue siendo patriarcal”, imponiéndose o forcejeando contra la modernidad de la cabeza, como hemos reflejado en la dualidad con la que hemos titulado este texto) son los siguientes:

- 1) La publicidad, el marketing sobre y para las mujeres, la exigencia estética (una auténtica violencia de género).
- 2) El imaginario de género sigue dominado-alienado por toda la mitología hollywoodense, lejos de patrones de modernidad y racionalidad en paralelo a nuestros esquemas mentales.
- 3) Las relaciones personales-amorosas están frecuentemente marcadas por el código patriarcal.
- 4) El poder oculto, informal (el poder “*par excellence*”) sigue siendo una asignatura pendiente para las mujeres, tanto aprender sus códigos como obtenerlo de hecho. A duras penas han obtenido algunas cuotas de poder formal, visible, de acceso reglamentado (y ello, con el pago del “marketing de género” impuesto por el poder político).

- 5) El paradigma del logro: atreverse, gustarse, crecerse (utilizando el argot taurino, y posponiendo la ya inevitable palabra de “empoderarse”). Salir del característico medio juego en el que las mujeres se sitúan o las reglas sociales las sitúan, ser capaces de llegar al jaque mate, que es el momento del logro/del poderío, por seguir esta metáfora ajedrecística.
- 6) El epicentro del cambio de género está en la masculinidad. Clarificar esa especie de caja negra que es llamada “conciliación de la vida familiar-profesional”. Las mujeres hace tiempo que están “conciliadas”, casi es una de las claras tradiciones femeninas: tratar de hacer todo, de atender a todas las esferas de responsabilidades. Así tratada como conciliación familiar parece un enfoque débil, inexacto. Es de desalienación masculina (del mundo del trabajo)/conciliación masculina (hacia el mundo familiar) de lo que se debe hablar, en aras a la verdad y a la eficacia de cara a medidas futuras. En pos del paradigma de la nueva identidad masculina. Este es el auténtico “problema sin nombre” (por decirlo al estilo de B. Friedan) al que hay que dar nombre, como en nuestro caso estamos haciendo, pues un problema sin nombre es, por definición, irresoluble.
- 7) A modo de síntesis conclusiva. En un estadio futuro pero próximo ya: es muy probable que de lo que en esencia se trate sea de alterar la naturaleza unidimensional con la que el patriarcado troqueló respectivamente al hombre para el mundo del trabajo y a la mujer para la domesticidad, copia de un estado “*quasi*” de naturaleza, las cuales han sido el eje de sus respectivas alienaciones. Es evidente que nuestro estado civilizatorio ofrece otras posibilidades de ser y de actuar en el mundo, tanto a hombres como a mujeres. Feminizar la masculinidad/masculinizar la femineidad puede ser la fórmula.

En todo caso el momento histórico que estamos viviendo es crucial respecto a la formación de nuevas identidades de género, y es único como avatar histórico. Subrayamos esta apreciación final con la cita siguiente, cuyo sentido converge hacia la idea-fuerza con la que iniciamos el presente texto, enfatizándola en una especie de alfa y omega; dice así: “No hay programa más movilizador que el de una buena utopía, sobre todo si es necesaria”¹⁵.

Y, sin duda, este es el caso de la utopía de la igualdad de género, que empieza a ser realidad.

¹⁵ Beneyto José Vidal, “El socialismo liberal/3” en *El País*, 24 de mayo de 2008.